

Prólogo

No puedo compartir con ustedes cómo hemos llegado hasta este punto, no muy habitual, en el que llego a prologar un libro de un grupo de investigación al que pertenezco. Sé que no ha sido una estrategia para condicionar mis opiniones o el tono de mi presentación y quiero creer que no es debido únicamente a mi disponibilidad de tiempo.

Después de todo, este libro, que muestra de una manera no exhaustiva los últimos resultados de diferentes «actores del grupo», no necesita falsos elogios y no pretende responder a preguntas del tipo: «¿cómo he podido vivir hasta ahora sin conocer estos resultados?». Es simplemente un honesto ejercicio para dar a conocer nuestro trabajo y, en su caso, comprenderlo mejor. Incluso por nuestra parte. Una colaboración de esta naturaleza pone en juego tantos matices, personales y profesionales, que exige cada cierto tiempo una introspección que ordene nuestras ideas y objetivos. Eso es lo que realmente pretenden los diferentes autores. A partir de este momento queda a su criterio si todo este esfuerzo ha merecido la pena.

Porque eso, esfuerzo, es lo único que nos hemos comprometido a compartir desde el principio de la colaboración, hace ya veinte años —enseguida nos dimos cuenta de que el dinero no podía ser el justificante de nuestra existencia, porque los problemas iniciales de financiación fueron enormes—. Y no cometeré el error de afirmar, como el tango, que veinte años no es nada. Han pasado muchas cosas. Y ese debe ser el motivo, ahora me doy cuenta, de mi selección como prologuista. Creo que soy el más viejo del lugar, y realmente me han pasado muchas cosas, lo que me coloca en una posición inmejorable para contarles una pequeña historia que les permitirá juzgarnos mejor.

En aquel momento, éramos jóvenes profesionales con un cierto éxito en nuestras respectivas áreas de conocimiento —o eso creíamos nosotros—. Áreas muy dispares, desde la biología celular hasta la microbiología, pasando por la geriatría (medicina hospitalaria del envejecimiento) o la biología aplicada al sector agroalimentario. Dos de nosotros —la dra. Coto y yo mismo— habíamos coincidido en la Red Española de Envejecimiento y Fragilidad (RETICEF) y con ese motivo nos comprometimos a reunirnos para intercambiar experiencia y elaborar posibles vías de colaboración. Cuando áreas de conocimiento diferentes, con personalidad propia, coinciden, la primera reacción es de una cierta reticencia, cierta desconfianza de origen incierto.

No fue distinto en nuestro caso, según nos confesamos más tarde, a pesar de nuestro convencimiento de que la colaboración nos abriría nuevas perspectivas en nuestros respectivos trabajos.

Lo cierto es que fue todo muy fácil, mucho más de lo que preveíamos. Conseguimos despertar nuestra curiosidad intelectual y nuestra capacidad de aprender. Un nuevo periodo de estudio comenzó con la representación en una pizarra de la cadena respiratoria —en mi caso— y con un tratado de geriatría —en el suyo—. Un comienzo nada espectacular, pero necesario para establecer un lenguaje y un núcleo básico de conocimientos común.

Rápidamente nos planteamos estudiar la situación de estrés oxidativo en el anciano enfermo y con diferentes niveles de capacidad funcional y práctica de ejercicio —la dra. Coto ya había acometido esta tarea en modelos de envejecimiento animal—. Los primeros resultados fueron alentadores. La capacidad funcional matisaba la respuesta oxidativa en cada grupo de edad y la práctica de ejercicio mejoraba sus consecuencias, mientras que la enfermedad aguda y la obesidad las empeoraba. Ya habíamos arrancado.

Empezamos a publicar y a asistir juntos a congresos y nos hicimos visibles como grupo. Nos parecía que no podíamos pedir más. Sin embargo, la posibilidad de estudio del músculo esquelético humano procedente de intervenciones de fractura de cadera supuso un salto cualitativo. Nos convertimos en el primer grupo que disponía de esta sistemática de estudio. Se generaron tesis y pusimos el acento en la captación de becarios y la contratación de personal, muy complicada administrativamente. Y nos dimos cuenta de que la colaboración había derivado en una integración de conocimientos, en una capacidad de análisis nueva. Y nos encontramos con la fuerza y la satisfacción de la relación personal, realmente impagable.

Como decía, han pasado veinte años y una nueva preocupación se ha unido a las dificultades que hemos ido sorteando: la necesidad del relevo generacional; la existencia de nuevos profesionales que capten la vigencia de esta propuesta y se unan a ella para avanzar en sus carreras. Yo diría que lo vamos consiguiendo, que lo asumen. Y buena prueba de ello son los diferentes capítulos de este libro y su listado de autores. Enhorabuena a todos, y gracias a ustedes por dedicar algo de su tiempo a conocer nuestro trabajo.

Esperamos no defraudarles.

JUAN JOSÉ SOLANO JAURRIETA
IP del grupo Hospital Monte Naranco (HMN)
Director del área de Gestión Clínica de Geriatría del HMN
25 de mayo de 2022